

UNIVERSIDAD DE  
GUANAJUATO



# 4<sup>TO</sup> CONCURSO DE ELABORACIÓN DE OBRAS LITERARIAS DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

PRIMER LUGAR

La biblioteca  
de los espejos

Autora:  
Lizeth Wendolyn  
Luna García



División de Ciencias  
Sociales y Humanidades  
Departamento de  
Letras Hispánicas



"Escribir para transformarme"



FOMENTO DE  
PRÁCTICAS  
LECTORAS

"LEER PARA TRANSFORMARME"

COLEGIO DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

**Programa del Alto Impacto “Fomento de Prácticas Lectoras”  
del Nivel Medio Superior**

**DIRECTORIO**



**RECTORÍA GENERAL**

**Dra. Claudia Susana Gómez López**

*Rectora General*

**Dr. Salvador Hernández Castro**

*Secretario General*

**Dra. Diana del Consuelo Caldera González**

*Secretaria Académica*

**Dra. Graciela Ma. De La Luz Ruiz Aguilar**

*Secretaria de Gestión y Desarrollo*

**DIRECCIÓN DEL COLEGIO DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR**

**Dr. Juan Antonio Sánchez Márquez**

*Director del Colegio del Nivel Medio Superior*

**Dr. Víctor Hugo González Torres**

*Secretario Académico del Colegio del Nivel Medio Superior*

**RED UNITWIN, CÁTEDRA UNESCO EN LECTURA  
Y ESCRITURA PARA AMÉRICA LATINA**

**Dr. Aureliano Ortega Esquivel**

*Coordinador de la Sede Principal de la Red Unitwin Cátedra Unesco, para la Lectura  
y la Escritura en América Latina, Sede Principal en México-Universidad de Guanajuato*

**COMITÉ FOMENTO DE PRÁCTICAS LECTORAS DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR**

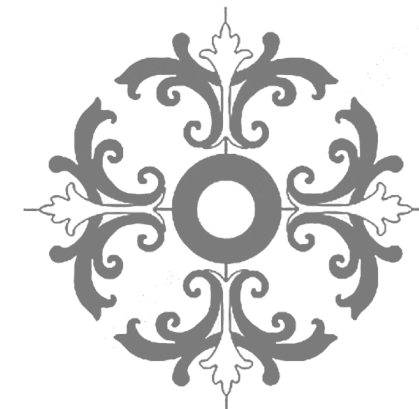
**Mtro. Eduardo Guadalupe Saucedo Ortiz**

*Enlace de Fomento de Prácticas Lectoras del Nivel Medio superior/Enlace Operativo del CNMS  
Para La Red Unitwin/ Cátedra Unesco, para la Lectura y la Escritura en América Latina.*

**REVISIÓN Y EDICIÓN**

**Mtra. Flor Esther Aguilera Navarrete**

*Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales  
y Humanidades del Campus Guanajuato. Universidad de Guanajuato  
Investigadora y responsable del Proyecto Producción y Estudios Editoriales/  
Prácticas Didácticas de Lectura y Escritura.*



# LA BIBLIOTECA DE LOS ESPEJOS



Lizet Wendolyn Luna García

**M**aia se percibía a sí misma como el personaje secundario de una película. No el que muere o el que ayuda. Se sentía como el que sólo está ahí porque debe estar ahí. Un personaje sin historia o trasfondo. No porque se menospreciará, es que simplemente no sabía quién era.

Su tía, Teresa Ayala, le decía que era normal. Maia no lo pensaba así. No negaba que estaba en una etapa donde se preguntaba por todo, pero no creía que fuera normal cuestionar sobre sus padres.

Gracias a su tía, sabía que Marina del Castillo, su madre, había sido una artista, una alumna ejemplar y una mujer que conseguía todo lo que se proponía. Sabía que su mamá había nacido y crecido en Guanajuato capital y que había muerto dejándola en manos de su mejor amiga, Teresa.

Sin embargo, de su padre no sabía nada. Siempre intentó preguntarle a su tía. Nunca funcionó. Teresa siempre desviaba la conversación o solía finalizarla diciendo: “No lo sé, Maia. No quiero hablar de eso ahora”. Sí, bueno, nunca quería hablar de “eso”.

Maia se hacía demasiadas preguntas y, durante años, se convenció a sí misma que no era necesario saber más. Actualmente, estaba harta de esperar. Maia investigó y la primera decisión que la acercó a su objetivo fue su universidad. Decidió aplicar a la misma en la que sus padres habían estado: la Sede de Humanidades y Ciencias Sociales de la UG en Valenciana.

Maia juraba que los rizos oscuros de Teresa saltaron de la emoción cuando se lo dijo. Ese día terminó cubierta de labial rojo en las mejillas y con la culpa atorada en la garganta. Y es que había aplicado para saber más de su padre. Un detalle irrelevante, que se hizo aún más real cuando fue aceptada.

Estaba feliz, pero si Teresa llegaba a descubrir la verdadera razón de su inscripción, podía darse por muerta. Pero no pensaría en eso y mejor se enfocaría en aprovechar su primer día, aunque su horario pareciera tablero de Tetris, con hoyos por doquier.

Estudiar en un exconvento hacía que su búsqueda se sintiera como en una película. Recorrió los pasillos hasta dar con el patio interno de la escuela. Era realmente bonito. Se quedó unos segundos observando los arcos y las plantas que había en macetas. Se sentía suspendida en la historia.

Al observar una de las esquinas del patio, pudo notar un cuarto que desencajaba. La fachada lo hacía ver abandonado con una puerta de madera podrida, pintura que se descapelaba y una que otra telaraña. Aun así, le llamaba la atención. Por alguna razón quería entrar ahí.

El sonido de su celular la despertó de su ensimismamiento. Se despabiló y continuó buscando su salón. Para su suerte, lo encontró antes de que el maestro llegara. Al entrar, escogió su asiento. Poco después ingresó el profesor, quien se presentó como Adrián, el maestro de latín.

En su hora libre, salió a buscar qué comer. Su estómago rugía y no se creía capaz de terminar el día sin nada que lo callara. Pero todo pasó a segundo plano cuando pasó por cierta esquina del patio interno. Aquel cuarto parecía llamarla. No comprendía su atracción por un lugar que parecía abandonado. Nunca había sido una amante de la adrenalina. “La curiosidad mató al gato”, se dijo a sí misma desviando la mirada. “Pero murió sabiendo”, le respondió su mente y maldijo internamente antes de tomar la perilla.

La puerta emitió un chirrido al abrirse. Adentro estaba completamente oscuro y, aunque tanteó la pared del costado, no había ni un interruptor. Soltó un suspiro mientras quitaba la mano de la manija. Una parte de ella esperaba encontrar algo fascinante, la otra le susurraba al oído: “Ves, sólo es un cuarto”.

Apretó los labios en claro gesto de inconformidad y se dispuso a cerrar la puerta, hasta que un destello en la habitación llamó su atención. ¿Era mala idea hacerle caso a su curiosidad? Seguramente. ¿Realmente le importaba en ese preciso instante? Para nada. Dio un paso hacia al interior y, como en una trampa, el destello se expandió cegándola temporalmente. Apretó sus párpados y elevó sus manos a la altura de sus ojos para no lastimarlos.

Cuando la luz disminuyó, abrió lentamente los párpados y observó el lugar. Ya no había oscuridad y, parecía estar en una biblioteca con estanterías de caoba demasiado altas, pasillos interminables y sin puerta. No había luz eléctrica, pues se iluminaba con antorchas de fuego azul esparcidas por el lugar. Tal vez ésa era la razón de que todo fuera de tonos azules con pequeños puntitos que simulaban estrellas y todas las estanterías estaban repletas de espejos, cada uno más único que el anterior.

¿Dónde se encontraba? ¿Por qué el cuarto había multiplicado por mil su tamaño? ¿Y la puerta? ¿Cómo era posible que la llama de las antorchas fuera azul? ¿Por qué, en lo que apostaría que era una biblioteca, no había libros? Y, sobre todo... ¡¿Espejos?! ¿Qué clase de ser narcisista era capaz de almacenar tantos espejos?

Ante aquel escenario, Maia no sentía miedo. Había algo en el aire que la hacía sentir cómoda. Dispuesta a observar qué había y, si era posible, localizar la salida, avanzó. Poco después, notó que las estanterías estaban enumeradas e indicaban una letra. Dedujo que antes sí había sido una biblioteca.

En su camino, uno de los espejos llamó su atención. Tenía una forma de estrella, con un marco cobrizo brillante que formaba patrones extraños. Maia sonrió, le recordaba a su tía Teresa. Acto seguido, el espejo se iluminó, mostrando una imagen en primera persona de unas manos morenas con uñas carmín afinando una guitarra eléctrica roja.

Maia dio un paso atrás, causando que la imagen desapareciera. Apretó los labios y dio un paso al frente. El espejo mostró la imagen anterior, pero esta vez notó los rizos oscuros que caían a los lados. Extrañada, tomó el espejo entre sus manos, y ahí lo notó. En el marco estaba tallado el nombre de su tía: “Ayala Mendoza, Teresa”.

Dejó el espejo en su lugar e inspeccionó los demás, todos tenían un nombre y apellidos con A, pero no mostraban nada. Sólo eran espejos. Confundida, intentó recordar qué era lo que había hecho con el espejo de su tía para que mostrara algo. Volvió a apretar los labios y desvió su mirada hacia uno de los espejos, y entonces lo vio.

Era una extraña figurilla flotante de hojas sueltas llenas de palabras que no podía leer. No tenía rostro, pero los gestos y movimientos que hacía eran suaves. Se acercó a ella y una de sus hojas cayó al suelo. Maia se agachó a recogerla, pero al levantarse ya no había nada. Bajó su vista a la hoja, leyendo lo que decía: “Conexión”. Llevó su mirada al espejo de su tía, y entonces comenzó a brillar.

Se sentía mareada. Incapaz de asimilar todo se dejó caer al piso y repasó todo. Sólo podía observar imágenes en los espejos de las personas con las que tenía una conexión y no

podía ver los de los demás porque no sabía nada de ellos. Una vez que aclaró su mente, se levantó. Sin embargo, las estanterías desaparecieron y, en su lugar, apareció una puerta. Volteó a los alrededores, pero ya no había nada. Sólo la puerta. Resopló y, sin más opción, se acercó a ella y salió.

Estaba, otra vez, en el patio interno de la sede Valenciana. Sacó su celular de su bolsillo, lo encendió y notó que aún tenía tiempo para comer antes de su clase. Era extraño, podía jurar que estuvo horas ahí dentro, pero sólo habían pasado unos minutos. Guardó su celular y avanzó. Si unos simples espejos podían mostrarle imágenes, era obvio que el tiempo sería diferente.

Esa tarde, al llegar a su casa, lo primero que vio fue a su tía sosteniendo una vieja guitarra eléctrica roja. La imagen del espejo volvió a su mente. Era la misma guitarra que había visto.

—Tía, ¿qué estás...? —dejó la pregunta al aire mientras se acercaba y dejaba su mochila en un sillón.

—¡Ah, Maia! ¡Que bueno que ya llegaste, cariño!

—Sí, pero... ¿Y esa guitarra?

—¿Qué? ¿Este vejstorio? —Teresa sonrió y, en un acto de vanidad, tocó las cuerdas de la guitarra—. Lo tengo desde la prepa —comentó divertida mientras se quitaba la guitarra y la dejaba a un lado—. Creo que ya es hora de comer. ¿No te parece?

Maia sólo asintió y Teresa se retiró a la cocina. Ahora, con la guitarra justo frente a ella, entendía que no eran imágenes al azar. Eran recuerdos. Y si había encontrado los de Teresa, tal vez podría encontrar los de Marina e, incluso, los de su padre.

Al día siguiente, entró al cuarto, y al cerrar la puerta desapareció. No le tomó importancia, ahora sabía que volvería a aparecer cuando fuera hora de irse. Tomó la liga que llevaba en su muñeca y ató su cabello ondulado para que no le estorbara. Y, entonces, comenzó su investigación.

¿Cuántos apellidos podían empezar con la letra *B*? Demasiados. Había estado caminando durante horas y aún no podía terminar de recorrer los apellidos con *B*. Se sentía exhausta y sus piernas dolían. A este paso no encontraría el espejo de su madre hasta que terminara el semestre.

Apretó los labios y pensó en rendirse, hasta que la figurilla volvió a aparecer frente a ella. Soltó otra hoja con la palabra *sígueme* y se alejó flotando. Maia no lo pensó dos veces antes de seguirla. En menos de lo esperado, se encontró en la sección de apellidos con *D*. Adelantó sus pasos, dejando atrás a la figurilla.

—¿Cómo es que...? —su pregunta quedó al aire cuando notó que estaba sola. Ese extraño ser era demasiado escurridizo. Bajó la vista y sonrió—. Gracias.

Ya más animada, comenzó a buscar el espejo de su madre. No fue difícil. No cuando notó que era el que más brillaba. Teresa tenía razón, Marina era un ser de luz. El espejo de su madre era ovalado, con un marco dorado donde tenía grabadas notas musicales y, justo en el centro, su nombre en letra cursiva: *Del Castillo Robles, Marina*.

Cuando lo tomó entre sus manos, comenzó a brillar. Reveló la imagen de una joven de cabello castaño ondulado. Estaba usando un short de mezclilla a la cadera, junto a una camisa de tirantes en tono rosa pastel y un cárdigan largo de tela fina, muy al estilo *hippie*. Estaba tocando una suave melodía con su guitarra marrón oscuro.

Los ojos de Maia se llenaron de lágrimas. Ver a su madre le hacía preguntarse cómo sería haberla conocido. Cerró los ojos y recargó su frente en el espejo, haciendo que brillara con más intensidad. En menos de un segundo, Maia había sido transportada a una habitación con miles de espejos de diferentes tamaños, iguales al de su madre.

El cuarto era oscuro y en una de las paredes había un espejo de su tamaño que mostraba lo que había del otro lado: las estanterías de la biblioteca. Arriba de dicho espejo había una inscripción que decía: “Archivo de Marina del Castillo Robles”.

Limpio las lágrimas de sus mejillas y comenzó a mirar espejo por espejo. Cada recuerdo que se mostraba la hacía sentir más cerca de su madre. Observó su niñez, su adolescencia, sus 15 años, sus clases de guitarra, sus presentaciones, sus logros y sus peores momentos. Lloró, rio y se enojó junto a Marina, siempre pensando que su madre era la mujer más hermosa, y no se refería sólo al físico.

Si fuera por Maia, se quedaría todo el día viendo los recuerdos de su madre, porque había notado que, si la persona de los recuerdos había fallecido, las imágenes se mostraban en tercera persona. Podía ver cómo su madre iba creciendo. Pero la puerta había aparecido otra vez. Señal de que era hora de irse. Por hoy, se despediría de su mamá, con la promesa de volver mañana.

Y así lo hizo. Durante varios días Maia regresó a ver los recuerdos de su madre. Ese día, se topó con un recuerdo amargo. Marina parecía estar en paz. Teresa estaba enojada.

—¿Me estás diciendo que se fue? ¿Por qué?! —reclamaba—. ¡Tiene una maldita responsabilidad aquí!

—Basta, Tesa. Ya te dije que no se lo dije.

Marina se cruzó de brazos con expresión dura. El ceño de Teresa se aligeró, pero su mandíbula seguía apretada.

—Sigo sin entender por qué lo defiendes —dijo en un suspiro amargo.

Teresa se fue del lugar azotando la puerta y Marina se quedó sola con una lágrima recorriendo su mejilla.

Aquel recuerdo cayó como balde de agua fría. Su padre las había abandonado. Maia apretó los labios y buscó otro recuerdo, algo que lo explicara. Éste fue peor que el anterior. Ahora entendía por qué Teresa nunca hablaba de su nacimiento.

Estaban en la casa. Marina estaba dentro de una tina con agua tibia. Teresa era la única acompañándola, pidiéndole que pujara. Pronto, se escuchó el llanto de un bebé y el alivio se reflejó en Teresa. Hasta que al agua se tiñó de rojo. La placenta no había salido completa, causando que Marina se desangrara. Teresa dejó a la bebé en un lugar seguro e intentó de todo para salvarla.

—Tesa... Basta... Sólo... Llámala... Maia Lía...

Marina usó su último suspiro para nombrarla.

Las lágrimas de Maia salían a montones, mientras la culpa la invadía. Comenzó a respirar intentando calmarse. Su mente le decía que no era sólo su culpa. Si su padre se hubiera quedado, tal vez su madre seguiría con vida. Por primera vez en años, Maia ya no quería conocer a su padre.

Se sentó en el suelo, abrazó sus rodillas y escondió su rostro entre ellas. Continuó llorando, hasta que se escuchó algo más que sus sollozos.

—Nadie tiene la culpa, Maia Lía.

Aquella voz era suave. Levantó la cabeza, pero estaba completamente sola. Sus ojos hinchados recorrieron la habitación hasta detenerse en un espejo que brillaba. Se acercó lentamente y al ver la imagen se sintió aliviada. Marina estaba tocando la guitarra. Parecía que estaba con alguien, porque unas manos intentaban agarrar su guitarra.

—Elías, yaaa —se quejaba en una risa, apartando la guitarra—. Estoy intentando tocar.

—Yo también quiero tocar, cariño —respondió una voz masculina.

—Eres pésimo tocando, amor.

Maia abrió los ojos como platos. Por la edad que tenía Marina, podía apostar que el chico era su papá. Justo cuando se estaba rindiendo, este recuerdo llegaba a ella. Si tan sólo supiera su nombre completo sería perfecto. Repitió el recuerdo y, por alguna razón, extendió su mano para tocarlo. Inmediatamente fue transportada a otro archivo, en el nombre sólo podía leer “Elías”.

No dejó que la desmotivara y empezó a investigar. Esta vez, los espejos eran cuadrados y con marcos grises. A diferencia de otros, se veía bastante apagado. Observó que los recuerdos estaban en primera persona, dando a entender que Elías seguía vivo.

Era extraño ver los recuerdos de alguien ajeno, pero ahí estaba, conociendo a su padre.

Durante días no encontró nada que le diera respuestas, hasta que uno de los espejos se iluminó por sí solo. Inmediatamente se acercó, y lo primero que apareció fue Marina, pero la voz era de Elías.

—Marina, cariño, qué bueno que te encuentro.

—¿Pasa algo, Elías?

—No, amor. Tengo buenas noticias. Excelentes noticias, de hecho.

La voz emocionada de Elías se encargó de responder la pregunta de Maia: ¿Por qué te fuiste? Le habían ofrecido una beca para estudiar en la UNAM, donde podría destacarse y conseguir un empleo que le daría a Marina la vida que se merecía. Elías se fue, porque quería un futuro con Marina.

Implícitamente, Maia entendió que su madre no le había dicho nada del embarazo porque Elías se habría quedado, haciendo que Marina sintiera que le había arrebatado su sueño.

Maia continuó observando, dándose cuenta de que Marina siempre estuvo en el corazón de Elías. Cada que tenía un logro, pensaba en Marina. Cada que veía una casa que le gustaba, pensaba en Marina. En los momentos más triviales, pensaba en Marina. La vida de Elías en la CDMX giraba en torno a Marina.

Y cuando Elías consiguió todo para darle una vida, decidió regresar a Guanajuato por ella. Llegó directo a la casa donde Teresa seguía viviendo y tocó la puerta. Apenas veía quién era, Teresa siempre le cerraba la puerta en la cara. Pero Elías no se rindió hasta que Teresa le reveló la verdad con resentimiento.

—Marina está muerta, Elías. ¡Así que ya lárgate y déjame en paz!

El mundo de Elías se cayó, pero terminó de derrumbarse cuando vio la tumba con sus propios ojos. Desolado regresó una vez más a la casa de Teresa, quería saber qué había pasado. Teresa lo recibió con rencor, ordenando que se marchara hasta que se escuchó el llanto de un bebé. Elías preguntó y la respuesta que recibió fue simple.

—Es mi hija y, si me disculpas, tengo que atenderla.

Teresa cerró la puerta y Elías dejó su vida en la CDMX para vivir en el lugar donde conoció al amor de su vida. Todo ante la atenta mirada de Maia a través del espejo.

Estaba sin palabras. Había sido una historia llena de palabras faltantes. Pero, aun así, Maia se sentía en paz. Comprendía que sólo habían sido tres almas inexpertas que se esforzaron por defender lo que creían correcto. Y estaba bien. Por primera vez en toda su vida, Maia sintió que bastaba con saber un nombre.

Pero si un espejo al fondo iluminaba con tal intensidad, no podía ignorarlo. Se acercó y la sorpresa fue inmediata. Era la mano de su padre escribiendo en el pizarrón. Decía: “Profesor Adrián Elías Barajas Rocha”. Ese nombre le sonaba demasiado. Vio cómo dejaba el plumón de lado y levantaba la mirada al salón.

¡Era su salón! Incluso podía verse sentada en su pupitre. Repasó el nombre en su mente hasta que hizo *click*. La vida era tan caprichosa que los había puesto en el mismo salón como alumna y profesor, sin saber que eran padre e hija.

Sintió cómo la figurilla volvía a aparecer tras ella, acostumbrada a la presencia espontánea de aquel ser. Lo que no esperó fue sentir dos manos agarrándole los hombros y una voz conocida susurrarle al oído.

—Ahora tú decides cómo continuar, Maia Lía.

Antes de que volteara a ver a Marina, la luz se expandió por todo el lugar cegándola. Cuando volvió a abrirlos, el cuarto había desaparecido y estaba en el patio interno de su escuela mientras un recuerdo de Marina se repetía en su mente. Supuso que era un regalo. Iba a hacer algo, pero antes hablaría con Teresa.

Aquella fue la conversación más dura de su vida. Quería mucho a su tía, pero eso no significaba que le ocultaría las cosas por su bien. Maia quería una historia honesta. Aunque eso significara causar una mirada de dolor en los ojos de su tía. Tal vez no lo comprendería ahora, pero algún día lo haría.

En cuanto a Adrián, quería que lo descubriera por sí solo. Haría que notara lo que no había notado en el pasado. Cosa que sería difícil, porque era el tipo de profesor que no pasa lista y no se aprende el nombre de sus alumnos, al menos que destaquen. Así que lo ayudaría haciéndose notar.

La clase estaba a punto de concluir, aun así, era la sexta vez que participaba. A Maia le gustaba ver la diminuta sonrisa que se dibujaba en el rostro de Adrián cada vez que la respuesta era correcta. La hacía sentir más cerca de él.

—Exacto —concordó el profesor tras la participación—. ¿Cómo dijiste que te llamabas? —Maia bajó la cabeza y sonrió. Era la pregunta que había esperado desde siempre. Levantó la cabeza y en un tono endeble respondió.

—Maia —dudó un poco— Maia Lía Del Castillo.

El silencio que se formó no fue una sorpresa. Sabía que decir su nombre completo era un arma de doble filo y la hacía sentir ansiosa. Su corazón latía tanto que podía sentirlo en la garganta, y su mente no dejaba de repetir el recuerdo que le había dejado su madre.

En su mente, se mostraron de fondo Los Pastitos. Su madre, Marina, estaba recostada en el pastizal, apoyando su cabeza en las piernas de Adrián. Parecía hacer un buen clima y los enamorados estaban callados.

—Si algún día tengo una hija, quiero llamarla Maia Lía —soltó Marina al aire.

—¿Maia Lía? ¿Por qué?

Marina se encogió en hombros.

—Suena como melodía.

Hasta ese entonces, Maia nunca pensó que su nombre podía significar tanto. Ahora, cara a cara con Adrián, podía sentir cómo aquel recuerdo flotaba entre los dos. Aun así, nadie decía nada. No había necesidad. El silencio se encargó de decirlo todo. Y, mientras los segundos se volvían más lentos, sólo un susurro logró romper esa burbuja.

—Maia Lía Del Castillo...

*La biblioteca de los espejos se terminó  
de editar en enero de 2026.*

